

no, una suerte de socialismo de derecha, organicista, cuyo modelo es la Unión Soviética: economía estatizada, sociedad jerárquica, recuperación del dominio político sobre lo económico, invirtiendo el proceso del desarrollo capitalista.

Jünger opondrá el comunismo ruso, de cuño anárquico, al alemán, de sesgo pequeño-burgués, que significa lo contrario a la subversión: el triunfo final del orden. El anarquismo no promete una edad de oro, sino lo opuesto: el estallido de la sociedad por medio de un retorno al origen. Es el mágico punto de nulidad donde todo pasa y deviene, pero nada *es*, conforme la fórmula del dostoievskiano Stavroguin. El anarquismo no es social como el comunismo: es trágico. Algo similar ocurre con el individuo valioso y de rango: la sociedad que cuantifica los valores, lo condena a ser ignorado.

La Alemania del joven Jünger era, como, en variable medida, el resto de Europa, según ha mostrado Arno Mayer (*La persistencia del Antiguo Régimen*, 1981) un país dominado por elementos «premodernos», cuyo retroceso no se dará sino en el período 1914-1945. Con su inercia, luego convertida en militancia agresiva, frenan los intentos de modernización. Las clases superiores son la nobleza rural y hereditaria, la Corona, la Iglesia, la aristocracia cortesana, los estamentos militares y universitarios, y una burguesía que quiere ennoblecerse y ser cooptada por la nobleza antigua. En el imaginario popular y en la producción cultural se imponen los valores «nobles». Entre 1905 (fallida revolución rusa) y 1914 (guerra mundial) las *élites* refuerzan sus poderes, que empezarán a menguar en 1919, con la montante del capitalismo multinacional y la influencia norteamericana.

Las corrientes directrices del pensamiento social y cultural acompañan este cuadro de conjunto. El darwinismo social describe la sociedad como un combate eterno que sirve para aleccionar a los más aptos, que conforman la minoría dirigente. Nietzsche, con su moral señorial de dominación y sometimiento, alimenta una ideología antidemocrática y antiparlamentaria. Prosperan formas aristocratizantes del nacionalismo: Barrès, Maurras, D'Annunzio. Junto a ellas, el *niezscheísmo* menor y más brutal de Julius Langbehn y Gustave Le Bon, y la sociología elitaria de Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto.

Junto a la idealización del campesino y la fobia a la gran ciudad, la política interna se va militarizando y se desarrolla el miedo de las clases medias a la radicalización obrera y al capital monopólico, base del fascismo. Se piensa que los conflictos sociales e internacionales sólo tienen una solución bélica. Se exaltan el héroe guerrero, el combate cuerpo a cuerpo y la caballería, en contra de la realidad industrial de la guerra moderna.

A todo ello, se añade en Alemania un déficit histórico peculiar: tardía aparición y debilidad congénita del Estado nacional centralizado, con su contrapartida: predominio de las noblezas locales y los estamentos. La guerra de 1870 contra Francia, base de la unidad imperial, es vivida como una victoria de la aristocracia sobre la burguesía.

Norbert Elias (en la obra ya citada) observa un rasgo sintomático de esta sociabilidad alemana: la persistencia del duelo. En ella perduran formas medievales de justicia (las ordalías) y se sustrae al Estado el control de ciertos núcleos sociales, los

estamentos, que practican una judicatura propia y excluyente. Mientras en Inglaterra, ya a mediados del XIX, el duelo desaparece, en Alemania siguen existiendo clubes militares, nobiliarios y estudiantiles donde rigen el bautismo de sangre, las iniciaciones, códigos de disciplina privados, normas de honor grupal, en fin: una política de sustracción del endogrupo a las normas «externas» del Estado. Para el estamento no rige la ley general; es el principio de este «anarquismo corporativo». Los individuos de estas organizaciones pertenecen antes a ellas y al país local que al Estado nacional, y su nacionalismo es, en consecuencia, más de campanario que de Cosmópolis.

El duelista, por su parte, no era penado con la cárcel, sino con prisión en una fortaleza o con el destierro (en caso de matar al contrincante). Estas prácticas, junto a los matrimonios entre conocidos, sirven para reforzar la cerrazón de tales núcleos, y para distanciarlos de las clases inferiores. Acuden a normas de cooptación y falta de movilidad, más propias de estamentos señoriles que de clases capitalistas. En las asociaciones estudiantiles, los duelos con heridas simbólicas o «visteos» (*Mensuren*), las borracheras colectivas, la sexualidad monacal, la educación como autocompulsión y autodomínio sin normas externas, cierto homosexualismo platónico, prolongan y anticipan estas pautas estamentales. La apelación a Nietzsche lleva a una moral de dominación y desprecio al débil y a la religión blanducha de los inferiores, el cristianismo. Libertad interior, autorregulación, dureza, antipoliticismo de la cultura, falta de debate, inexistencia del otro y afirmación del *Selbst* conforman la ética del estudiante «pájaro migratorio». El nazismo será la traducción vulgarizada para las clases medias de estos principios éticos. La fuerza será la nación; la nobleza, el Estado totalitario; la cultura, el nacionalismo. La guerra ennoblecerá la vida del plebeyo, a través de una mística de lo «natural y espontáneo» de la raza. El nosotros sustituye al yo en el modelo de *Selbst* y compensa las debilidades con un delirio de omnipotencia, rodeado por el narcisismo del amor a lo propio.

No es difícil advertir que algunos de estos rasgos permanecen en el aristocratismo jüngeriano, decantado luego hacia la abstracción del individualismo. Un individuo que no olvida pertenecer a cierta aristocracia y que se pierde en la época de la democracia y el fascismo, dos invenciones plebeyas. Lo vemos cuando narra sus viajes por Francia, anotando las propiedades de la nobleza (castillos, cotos, bibliotecas). La mirada es atraída por este espejo. Una mirada fantasmal, como de un reencarnado que volviese a los lugares que conoció en la Edad Media, convertidos en tierra extraña, en lugar de ser la tierra prometida y perdida, como perdida es la causa caballeresca de Alemania. Es señoril dar por perdida la batalla antes de librarla, y combatir por el placer de la pugna y no por el de la victoria. Se trata, en fin, de una aristocracia simbólica, que no se hereda por la sangre ni, por tanto, ha de proteger la pureza de su casta. Una nobleza de solitarios, que se reconocen sin juntarse, para no perder su soledad. Poco de nietzscheano tiene esta nobleza, que no impone su voluntad de dominación. Según ella, es de fuertes proteger al débil, conforme el viejo lema señorial *Ich diene* («sirvo»), que actúa a partir de la inmanencia. Nobleza, santidad y bondad no se comparten, están dentro de cada quien, lejos de la sociedad.

En sus escritos políticos más doctrinales, Jünger se proyecta hacia un humanismo abstracto, centrado en la figura del Hombre Nuevo, un trabajador igualmente abstracto y cósmico, ni proletario ni burgués, universal e ineluctable, nacido en una sociedad planetaria, que se organiza en unos Estados totalitarios, fuertemente tecnificados. El concepto jüngeriano de trabajo es, en rigor, un contraconcepto: el trabajo es el género de la lucha y el trabajador, un guerrero con mono de mecánico. Su abismo interior lo lleva al fondo animal y confuso de la especie, en tanto su poder de aniquilar es industria en la paz y combate en la guerra.

La sociedad de Jünger es un juego de miradas y conversaciones que intenta llegar a una inefable verdad. Fuera de estos vínculos sólo existen la acción, que es ciega y errática, y el impenetrable individuo. La única posibilidad de la política, pues, que le evite los riesgos de la irracionalidad activa y el individualismo nihilista, es el diálogo. En esto, hay en Jünger un componente liberal, que surge de su escepticismo pesimista ante el curso del mundo entendido como historia. De ahí que conciba la diferencia izquierda/derecha como orgánica y, más aún, corporal, como las dos mitades de un todo humano. La derecha es lo recto, la dirección y el derecho. La izquierda es la desviación, la servidumbre, la torpeza, pero también lo excepcional. Es como la diversidad Oriente (luz)/Occidente (sombra): no pueden existir aisladamente, por perder la determinación que les da el ser.

Toda cultura política empieza, según Jünger, con la anarquía, que es la forma primordial. El «estado de naturaleza» de los teóricos clásicos del Estado. Un desierto salvaje, donde aparece el profeta, el Isaías que anuncia un orden justo. A partir de entonces, la anarquía se distancia del nihilismo. El anarco es el ácrata solitario, optimista absoluto, aunque pesimista siempre, respecto a su época. Mientras el anarquista se incluye en organizaciones, el anarco permanece aislado. En sus encarnaciones de vejez, el anarco (por ejemplo: Venator en *Eumesvil*) se perfila como un historiador que ha perdido toda creencia y alquila su saber a cualquier causa. Escéptico radical, se neutraliza ante el poder, lo mismo que el conformista. Es un alma bella que, en lo íntimo de su propiedad, prescinde del poder y reina como un monarca absoluto. De alguna manera, el joven «pájaro migratorio».

En el otro extremo de la gama política está el nihilista. Encarna la supremacía del azar sobre el orden y se produce en una praxis sin consciencia, suerte de personificación embrujada de lo demoníaco. La hechicera medieval es hoy el nihilista. Puede, de hecho, llevar a las formas más desarrolladas del orden. En términos freudianos, desprecia al padre y considera desértica a la madre, en tanto el anarquista odia al padre y quiere hacer de la madre, el valle originario de una nueva sociedad.

Estas complejas sustituciones y el camino azaroso que lleva a la emboscadura solitaria, pueden explicar las distancias de Jünger frente a las derechas históricas que le son coetáneas. Su visión de la guerra, por ejemplo, si bien carece de toda crítica, tampoco lleva elementos apoloéticos o patrióticos. Su imagen de la «movilización total» para la paz o para la guerra, intenta comprender la sociedad humana como

un colectivo que se moviliza, o sea que tiende a unos fines, en tanto las sociedades animales (las que Jünger estudia como entomólogo) no se movilizan hacia parte alguna. Su guerra está, en este sentido, poco idealizada, y los enemigos contra los que combate no encarnan el mal. No encarnan siquiera unas ideas, como tampoco las encarnan los compañeros: todos cumplen oscuros fines cósmicos. Si se quiere, hay en esto una explicación racionalizada de la guerra, pero no su exaltación nacionalista. Ante Alemania, nuestro escritor tiene pocas pero señaladas reservas. Los germanos son como una Andrómeda cristiana: bucean en la profundidad y se encuentran con unos monstruos. Renuncian a sus bellas tradiciones y se masifican según el modelo norteamericano. Si se siente prusiano y alemán, no lo es más que en tanto ciudadano del mundo, parte de una especie noble que fue fraterna en su origen, bajo el principado de Adán. El futuro soñado es la reconquista de tal comienzo. Los otros arquetipos de su humanismo son Cristo (el que media entre el hombre y la química superior, la metafísica) y Edipo (emblema de la historia y la cultura a partir del tabú del incesto).

El altivo aristocratismo jüngeriano se desmarca tanto de la política burguesa como del nazismo, y por motivos parecidos, porque ambas representan el triunfo de la mera cantidad y del vulgo.

La política es zoológica pues la rige el principio del hombre primitivo: «Lo que hace mi grupo es bueno». En contra, el hombre auténtico y superior se caracteriza porque ruega: es lo que desea, no lo que *es* (como dato o semejanza consabida). Cf. *Hojas de Kirchhorst*. Domo, en *Eumesvil*, es más tajante: «Fuera de los criminales vulgares y los locos, sólo nos preocupamos de los que intentan mejorar el mundo; éstos son todavía más peligrosos». El caballero andante, aunque solitario, se siente más cerca del anarquista suicida, el expropiador o el naturista ecológico que del burgués que hace buenos negocios.

Esta separación de la burguesía, resto de su altivez estamental estudiantil o militar, explica, quizá, la escasez de menciones a la ciudad en sus libros. La urbe, el burgo, es el dominio y la obra maestra de la burguesía. En *El corazón aventurero*, la llegada a Leipzig o Berlín es narrada por el mirar de los desconocidos, que lo identifican como extraño (o él se identifica como tal en la mirada de los lugareños). Jünger es el Baudelaire del París filisteo: se siente distinto y único en el seno de la multitud. La ciudad le parece plebeya y artificiosa. En ella todo es teatral como una tormenta escénica. En la soledad del campo, el paisaje oculta y señala, a un mismo tiempo, los signos de las correspondencias cósmicas. El hombre está solo y protegido/entretejido con las fuerzas naturales: es la *Verborgenheit* romántica. En la ciudad, aunque rodeado de gente, se siente aislado.

Hay una excepción: París. Es triste y melancólica, un símbolo de la historia, que es lo efímero y perecedero. Aparecen las prostitutas, la carne marcesible y callejera ¿No las hay en Alemania? París dominado por las tropas alemanas deja(se) ver en el sexo dominado y venal. París es, por excepción, la ciudad donde las mujeres hablan: Jünger se habla con ellas y anota sus conversaciones.